



OPINIÓN

DESPUÉS DE LA PANDEMIA

El programador que sobrevive no es el que programa más: es el que entiende mejor

**Enrique Dans**

Publicada 20 mayo 2026 02:38h

Es una paradoja, pero es sólo aparente: se despide a desarrolladores al mismo tiempo que se pagan salarios estratosféricos por otros desarrolladores. Pero no, no es una contradicción, es una selección natural acelerada.

La inteligencia artificial está convirtiendo el código en una mercancía. Escribir funciones, corregir errores simples, generar interfaces rutinarias o traducir especificaciones pobres en prototipos aceptables ya no justifica, por sí solo, un salario.

Ese trabajo, que durante años fue la puerta de entrada a la profesión, se está automatizando, comprimiendo o directamente eliminando. Pero precisamente por eso, el buen desarrollador vale más que nunca: porque ahora no se le paga por teclear, sino por saber qué debe construirse, por qué, cómo, **con qué riesgos y con qué consecuencias.**

Lo que está ocurriendo en el desarrollo de software es una mutación profesional. La empresa ya no necesita tantos “**picadores de código**”, sino personas capaces de convertir problemas ambiguos en sistemas útiles.

El programador que se limita a ejecutar tickets mal definidos entra en zona de riesgo. El que sabe discutir con negocio, diseñar arquitectura, evaluar costes, latencia, seguridad, fiabilidad, privacidad y mantenibilidad, **se convierte en alguien difícilmente sustituible.**

Las ofertas mejor pagadas no buscan al entusiasta de la inteligencia artificial, sino al profesional que ha aprendido a gobernarla

Por eso vemos casos como General Motors, que despide trabajadores de IT mientras busca perfiles capaces de construir sistemas de inteligencia artificial, no simplemente de usar ChatGPT para ser más productivos. La diferencia es enorme. **Usar inteligencia artificial es ya alfabetización básica.**

Construir con inteligencia artificial es otra cosa: implica entender modelos, datos, evaluación, integración, pipelines, observabilidad, guardrails, experiencia de

usuario y responsabilidad. Entre “sé usar Copilot” y “sé diseñar un sistema fiable que incorpora agentes, humanos en el bucle y métricas de calidad” hay todo un mercado laboral de distancia.

Las ofertas mejor pagadas no buscan al entusiasta de la inteligencia artificial, sino al profesional que ha aprendido a gobernarla. Alguien que puede explicar por qué no conviene enviar cada petición a un modelo gigante, cómo reducir costes, cómo medir alucinaciones, cómo construir benchmarks, cuándo introducir supervisión humana, cómo desplegar con seguridad y cómo traducir todo eso en valor de negocio. Esa es la nueva señal: no decir “**uso inteligencia artificial**”, sino demostrar qué proceso cambiaste, qué resultado obtuviste y qué aprendiste cuando falló.

El currículum del desarrollador también cambia. Ya no basta con enumerar lenguajes, frameworks o herramientas. Eso suena cada vez más a inventario de ferretería. Lo que cuenta son proyectos reales, aunque sean pequeños, publicados, explicados y medidos.

Un repositorio vivo, una demo funcional, un caso en el que se automatizó un proceso, una reducción de tiempos, una mejora de calidad, una decisión técnica bien razonada. La empleabilidad empieza a parecerse mucho más a una conversación pública sobre criterio que a una lista de palabras clave.

El futuro del desarrollo de software no pertenece a quienes escriben más código, sino a quienes entienden mejor los sistemas

¿Cómo anticipar si uno está en riesgo? Hay señales claras. Si la mayor parte de tu trabajo consiste en tareas repetibles, poco conectadas con el cliente o el negocio, fáciles de describir en un prompt, sin responsabilidad sobre arquitectura ni decisiones críticas, el riesgo aumenta.

Si nadie te consulta antes de definir un producto, si solo apareces cuando hay que implementar, si no entiendes los *trade-offs* del sistema que mantienes, si tu aportación se mide en volumen de código, estás compitiendo en el terreno equivocado.

Quienes se quedan suelen tener otra posición dentro de la organización. Entienden el contexto, conectan equipos, reducen incertidumbre, anticipan problemas, documentan decisiones, hacen mejores preguntas y convierten herramientas nuevas en capacidades organizativas. No son necesariamente los más **brillantes en abstracto**, ni los que conocen más sintaxis. Son los que generan confianza cuando el sistema se vuelve complejo.

Y esto, además, es perfectamente generalizable. Le está ocurriendo al abogado que redacta documentos rutinarios, al consultor que hace análisis genéricos, al periodista que reescribe notas de prensa, al profesor que repite contenidos, al financiero que produce informes estándar o al diseñador que entrega variaciones superficiales.

En todas esas profesiones, la parte mecánica se abarata. La parte valiosa se desplaza hacia criterio, contexto, ética, visión, comunicación y responsabilidad.

La pregunta, por tanto, no es si la inteligencia artificial te quitará el trabajo: esa formulación es demasiado simplista. La pregunta correcta es si tu trabajo puede ser descrito suficientemente bien para que una máquina **lo ejecute sin que nadie note demasiado la diferencia**.

Si la respuesta es sí, tienes un problema. Si la respuesta es no, porque aportas juicio, **comprensión del dominio, capacidad de integración y responsabilidad sobre resultados**, entonces la inteligencia artificial no te sustituye: te amplifica.

El futuro del desarrollo de software no pertenece a quienes escriben más código, sino a quienes entienden mejor los sistemas. Y esa es una noticia incómoda, pero también liberadora: la profesión no desaparece, simplemente deja de recompensar la ejecución rutinaria y empieza a pagar, con una prima cada vez más brutal, la capacidad de pensar.

*****Enrique Dans es profesor de Innovación en IE University.**